

– Es... ¡Dios! Es como si la ca-casa estuviera esp... esperando mi... llegada... – Musitó, entre tartamudeos, el acobardado cura.

Entró y dejó la puerta abierta, mirándola y esperando que se cerrase de golpe o alguna cosa similar pero, para su tranquilidad, eso no sucedió. Desde que puso un pie en esa casa comenzó a salpicar agua hacia el techo, el suelo y las paredes, aquellas que habían alojado tétricos y sangrientos mensajes durante el último año.

Mientras, desde la carretera, los conciudadanos del explorador podían ver sus movimientos levemente, entre la oscuridad. La situación de la casa, su puerta abierta y la luz de la luna entrando en la residencia les facilitaba ver como ese hombre, ya algo mayor y cansado, recorría el estrecho e interminable pasillo, dubitativo, hasta llegar a los pies de las empinadas escaleras, donde se quedó parado observando a su alrededor. Ellos sabían que había una puerta a cada lado, por eso dudaban de si subiría u optaría por una de las salas que aguardaban a los lados. Aguantaban la respiración, inconscientemente, manteniendo suspiros en un hilo a punto de salir de sus cuerpos, sin apartar los ojos de él.

Recorrió el largo y lóbrego pasillo, con tan solo una puerta a cada lado y, tras darse ánimos, comenzó a ascender por las escaleras que chirriaban escandalosamente a cada paso que daba. Contemplaba lo que le rodeaba, asombrado entre el mismo miedo que sentía. Las escaleras eran de pura madera, tan oscura como la de las puertas, elegantes y cubiertas por una muy bien centrada moqueta verde, a juego con los vidrios de la puerta de la calle y de las ventanas que adornaban el rellano.

Apoyó su mano derecha levemente sobre la baranda al llegar arriba, mientras tomaba aire y se centraba, ya que sus piernas flaqueaban por el miedo y le costaba incluso respirar.

Retiró la mano repentinamente, dando un respingo y curvando los labios, asustado por el frío del metal. Llevado por un acto reflejo miró a su alrededor sintiéndose observado de un modo inquisidor, al tiempo que comenzaba a oír y sentir el viento que le golpeaba la espalda mientras entraba en la casa por la puerta que, él mismo, había dejado abierta, de lo cual se arrepentía. El pobre hombre sentía que hiperventilaba y no se sentía capaz de seguir adelante, ¡pero tan sólo acababa de entrar!

Finalmente reunió algo de coraje, probablemente debido al deseo y a la necesidad de salir de allí cuánto antes y, tras santiguarse una vez más, emprendió de nuevo la marcha por esa casa que le aterraba explorar.

No sabía por dónde empezar... Frente a él tenía un gran rellano, con tres ventanas de verde vidrio, sucio por el paso del tiempo. Detrás suyo, la escalera por la que subió y otra más que llevaba al nivel superior a este. A cada lado tres puertas, lo que le daba un total de seis cuartos en los que buscar, tan sólo en ese piso. Decidió seguir el orden que se marcó al llegar: las plantas, de arriba a abajo; las salas, primero las de su izquierda y después las de su derecha, para evitar así saltarse ninguna y que justo lo que buscaba estuviera en esa.

Tragó saliva una vez más y subió por las escaleras que llevaban a la segunda planta mientras meditaba... ¿Cuántos niveles tenía esa casa? Se veían tres líneas de ventanas desde fuera, pero creyó haber visto buhardilla también, serían cuatro... ¿y sótano? La elevación de la primera planta le hacía sospechar que quizá sí lo hubiera, lo que hacía un total de cinco. ¡Se quería morir sólo de pensarlo!

La congregación vecinal a las puertas de la mansión estaba expectante, ansiosa de que todo terminase de una bendita vez, y no podían mantener el silencio en esa noche tan dura para todos ellos. Eran completamente ajenos a cómo se

sentía su párroco dentro de la casa, subiendo las escaleras mientras tiritaba de frío y miedo y en su estómago revoloteaba el pánico, haciéndole sentir una enorme incomodidad y ganas de vomitar. Él se mantuvo firme, sin casi saber cómo, y terminó de subir hasta el siguiente rellano.

Al llegar miró a su alrededor, agradeciendo la luz de la luna que se filtraba por los ventanales desprovistos de cortinas, y pudo comprobar que eran tres puertas más las que le aguardaban. Recordando en que piso estaba, buscó una escalera más que ascendiese por el edificio hasta llegar a la buhardilla, pero no la encontró. Algo confuso miró a su alrededor nuevamente, incluyendo el techo, y ahí lo vio. Sobre su temblorosa cabeza había una trampa con una cadena para tirar de ella que, dedujo, debía ser la entrada al piso más alto de la vivienda.

Angustiado, tiró de la cadena e hizo descender la trampa, dejando a su vista una escalerilla plegada, de la cual tiró sin dudar. La escalerilla se desplegó y casi tocó el suelo, faltaron escasos tres centímetros para que lo hiciera, acto seguido él se encaramó a la estructura y ascendió por ella, hasta asomar tan sólo la calva, su escaso cabello blanco y los ojos por encima del suelo. Nada. Eso veía. Nada, una absoluta oscuridad, más que en ningún punto de esa edificación que él pudiera recordar.

Detuvo su respiración, en un intento de percibir algún sonido procedente de ese lugar, pero no oía nada. Sinceramente, estaba tan aterrado que no estaba dispuesto a subir más y entrar ahí, poniendo su ya medio anciano cuerpo a disposición de cualquiera que quisiera destrozarlo. ¡Ni loco! Eso sí que no, estaba clarísimo. Aguantó en silencio, sin respirar, escuchando e intentando ver o percibir algún indicio de “vida” en esa buhardilla lo suficientemente importante como para entrar. Eso, para su alivio momentáneo, no sucedió, por lo cual descendió rápidamente

de la escalerilla, plegándola de nuevo a una velocidad vertiginosa y soltándola de repente para que cerrase ese espacio sin tardanza. Corrió a una esquina del rellano y se encogió mientras se apretaba las sienes y respiraba hondo buscando calmarse, cosa que le costó pero fue capaz de lograr al fin, tras unos minutos sumido en un ataque de pánico.

– Me voy a volver loco... – Gimoteaba – Esto es demasiado para mí, ¡ya estoy mayor para andar jugando al escondite! ¡Y más con algo que no puedo ver!

Se sentó porque no tenía fuerzas en las piernas para sostenerse en pie y eso, como era de esperar, le ayudó a relajarse bastante, más al saber que estaba tocando suelo firme y no se podía caer. ¡Demasiado torpe sería si se cayera estando sentado! Sonrió ante la idea, cosa que aún lo relajó más.

Respiró hondo, sacó su Biblia y la recorrió con los dedos y los ojos cerrados, tras eso se puso en pie, lentamente, con la espalda pegada a la pared y se detuvo al estar completamente erguido. Guardó en su amplio bolsillo el libro y sacó de nuevo el agua pero esparció un poco nada más, ya que aún quedaba mucha edificación por explorar y no quería quedarse sin el líquido en caso de verdadera necesidad.

Miró a su alrededor, atento a la disposición de las salas: una a su izquierda y dos a su derecha. Movié la cabeza contemplándolas antes de optar por una de ellas y, poco después, se dirigió a la de la izquierda y abrió, despacio, girando el pomo y empujando la puerta. Entraba luz por la ventana y se podía apreciar una cama, un armario y algunos juguetes de niña, lo que le hizo pensar que esa debía ser la habitación de Molly, una de los hijos medianos de la familia.